

UN RETRATISTA SUTIL

Pero volvamos a la exposición de Echevarria. Nos atraen poderosamente sus retratos, y de modo singular, los de algunos de esos hombres de la llamada generación del 98. Ya este simple hecho de querer dar perduración plástica a determinado grupo humano revela una sensibilidad distinguida. El arte, en su esencia, es parte de la Historia, reflejo del espíritu dominante en una época histórica. Un arte, cualquiera que sea su forma, que no enriquezca nuestra intuición de un periodo histórico, es planta sin raíz, pulmón sin aire, trivialidad, estéril artificio. Hay muchos modos artísticos de sumarse a la Historia e interpretarla, pero fundamentalmente tres: el del temperamento melancólico o añorante que gusta eternizar lo que va demoliendo y pulverizando el tiempo (de este linaje es el arte de un Azorin y, a veces, el de un Zuloaga, cuyo casticismo es dolor de que este desapareciendo una España de que él gusta, ante todo, por pintoresca); el del rutinario que copia y copia sin ningún sentimiento del mundo circundante, aunque con preferencia el de más brillo social, y el del renovador que percibe y transmuta en sustancia artística las nuevas germinaciones creadoras que brotan de continuo en toda la sociedad viva.

Cualquiera que sea el juicio definitivo que se asigne a la generación del 98, en conjunto y a cada uno de sus hombres individualmente (en una novela mía, las columnas de Hércules, un joven teutón diserta prolijamente y no siempre con muy buen sentido sobre este tema literario) no puede negárseles un vehemente anhelo de superación de la España que fue viniendo de menos a menos en todos los órdenes hasta finales del siglo XIX. Fueron en la novela, el teatro, la lírica un impulso de novedad. Esta característica suya de renovación es la que ha impresionado a Echevarria, contemporáneo de ellos por afinidades de espíritu, aunque no por coincidencia cronológica de producción. Es, pues, el pintor de los hombres de este periodo, pero faltan algunos muy principales y sería lamentable que no se completase la galería.

¿Qué hay delante de estos retratos de Echevarria que nos retienen delante del lienzo y nos anegan con una rara emoción?. No pertenecen, desde luego, a ese género de retratos en que el pintor pone sobre el rostro de los modelos la máscara especial que ellos deseaban, equivalente, al "Sonría Ud." de los malos fotógrafos. Todos andamos por la vida con una máscara más o menos transparente, con mayor o menor conciencia de nuestro antifaz, pero si alguna vez queremos perpetuar nuestra preciosa efigie, deseamos que el pintor coloque sobre nuestra máscara habitual otra máscara aun: la máscara de aquello que anhelamos ser: bellos, inteligentes, enérgicos, brillantes o poderosos. Tampoco son los retratos de Echevarria como los de esos pintores que, más sensibles y honrados que los primeros,

no pintan como sus modelos quisieran, sino según la máscara con que se presentan consuetudinariamente, sin darse cuenta. Este modo de pintura ha engendrado estupendos retratistas como Velázquez y en nuestro tiempo, Zuloaga; pero son pinturas que dan la sensación de estar trazadas desde fuera, descriptivamente, sin penetrar en la conciencia del modelo, como penetra el Greco y también Goya.

¿Cómo son los retratos de Echevarria? ¿Qué espíritu les inspira?. Es raro el hombre cuya máscara social no se interpone más de una vez entre su alma y la nuestra. Acaso es culpa suya, acaso es nuestra; tal vez de ambos. Si nosotros tuviéramos paciencia para descender al fondo trágico de su intimidad- a ese fondo trágico que palpita en la conciencia de todo hombre- y si él quisiera levantarnos un poco la punta del velo de su vida recóndita, acabaríamos queriéndole o compadeciéndole. No hay ser humano o irracional, y hasta inanimado, por quien no sintiéramos simpatía o lástima si fuera posible ver el mundo y su vida como él los ve y padece, si pudiéramos sumergirnos por un instante en su conciencia. Ese instante sería el de la transfusión estética, esto es, vivir en los demás sin dejar de ser uno mismo o sin enajenarse.

A mi juicio, la pintura de Echevarria realiza este ideal del arte: nos suscita sentimientos de simpatía o de condolencia por lo que pinta. Se infunde él en su obra y hace que nos infundamos también nosotros. Penetra él en la conciencia de sus modelos, y contempla el mundo con ellos, ya con ojos de cósmico pesimismo, como de quien cree que todo esfuerzo es inútil y acaso por olvidarse de ello lo acrecienta; ya con ese dulce optimismo que da la íntima modestia, la satisfacción del hombre con su obra; o bien con la amargura de algo que se ha frustrado en el alma; o bien con la jocunda aparatosidad de quien toma el mundo como escenario de su fantasía. Y todos sentimos la alegría o tristeza con que los retratados se miran a sí mismos y a la vida. Por un momento nos confundimos con ellos en una emoción de simpatía, por virtud de la transfusión estética a que nos mueve el arte del pintor. Y después de ese proceso psicológico un tanto laborioso, es grato infundirnos con él en algunas de sus maravillosas naturalezas muertas, en el alma dormida y deslumbrante de una flores, de un tapiz, de un Talavera. Y descansar con los ojos entornados. Es el tránsito del mundo trágico del hombre al mundo lírico, edénico de las cosas inocentes y risueñas, que nos envuelven en efluvios de ternura.

LUIS ARAQUISTAIN LA VOZ - Madrid- 8-2-1923